

PRÓLOGO

¿VER PARA CREER?

POR ALEX GÓMEZ-MARÍN

¿Es posible ver sin los ojos? No, para aquellos que creen que es imposible. He aquí la dulce ironía convertida en tautología. Tampoco es posible para quien (cree que) sabe que no lo es (lo sepa o no). Quizás se pueda afirmar que alguien ve sin ojos solamente en sentido metafórico, como cuando se dice que uno da palmas con las orejas o esconde la cabeza bajo tierra.

Sin embargo, el libro que tienes entre manos afirma que ver sin los ojos es posible. Lo afirma tan contundentemente que la tesis de la obra coincide con su título. Los autores lo dicen sin tapujos, en sentido literal. Y, además, nos invitan a participar en ello. ¿Qué respuesta dar, pues, a tal obscena aseveración? ¿Qué hacer con esta proposición indecente?

Sospecho que un buen número de potenciales lectores descartará la propuesta sin ni siquiera hojearla (ni ojearla), bajo la convicción – teñida de acusación, hilada con desdén – de que se trata de un nuevo despilfarro de papel y tinta en el mercado incesante de la charlatanería New Age. El prejuicio llega antes que el juicio.

Otros tantos quizás se aproximen al libro con una sonrisa curiosa. Probablemente lo comprenden (e incluso lo lean), esperando encontrar en sus páginas una suerte de confirmación de que todo es posible; de que, en definitiva, los milagros existen a voluntad; de que casi cualquier cosa está al alcance de nuestra mano, si así lo deseamos. El juicio llega demasiado tarde.

Se podría decir que ambas posturas albergan algo de razón, al mismo tiempo que ignoran que se equivocan en aquello que se niegan mutuamente. Por un lado, el escepticismo es como el vino o como el chocolate: deseable (incluso saludable) a dosis razonables, pero perjudicial en exceso. Sobre todo cuando paraliza la aventura del conocimiento (conoce, pero miente). Por el otro, la ingenuidad es como la miel, endulza el camino pero pronto empalaga. Al tener la mente abierta, corremos el riesgo de que se nos caiga el cerebro al suelo.

La vida está repleta de medias verdades. El infierno, de buenas intenciones.

Si la paciencia es la madre de la ciencia, el rigor podría ser su padre. Pero, ¿qué hay del rigor sin la benevolencia? ¿Adónde nos lleva (el pie en el suelo de) la duda sin (el paso al vacío de) la creencia?

Demasiadas investigaciones preciosas se han desangrado (incluso antes de nacer) debido a la navaja de Ockham, el célebre principio de parsimonia esgrimido por sabios, pero también por ignorantes que no quieren complicarse la vida y prefieren cortar por lo insano. En otros casos, se ha dejado deliberadamente de afilar la navaja hasta el punto de convertirse en una suerte de peine cuya función impostada acaba acicalando la barba del despropósito de ciertas ideologías filosóficas disfrazadas de datos científicos.

“Si no lo veo, no lo creo”, de acuerdo. Pero para ver hay que mirar. Y para mirar hay que creer que hay algo que ver – el Ouroboros engulle así su propia cola (y, mientras algunos se muerden la lengua, a otros les cortan la cabeza).

Algunos de mis colegas se preguntarán un tanto desconcertados: ¿Qué hace un físico y neuro-científico como yo escribiendo el prólogo de un libro como este?

El primer mandamiento del científicismo (amarás a la ciencia por encima de todas las cosas) se puede atemperar con el segundo: no tomarás el nombre de “La Ciencia” en vano. No debería importarnos tanto el qué, sino el cómo. Es decir, lo relevante es el

método (o, mejor dicho, la metodología), no el tema. Una buena o mala ciencia dependerá de cómo se lleve a cabo, no del fenómeno que decida estudiarse.

Ignoremos pues los *pre*-fijos habituales de aquellos cuyas mentes están habitualmente *pre*-fijas: lo *para*-normal, lo *sobre*-natural, lo *pseudo*-científico, y demás locuacidades son *conversation stoppers*, esto es, lo que se dice para ponerle fin a lo que se dice; intentos de zanjar la conversación antes de que empiece.

La pseudociencia (a menudo en boca de aquellos creyentes en la ciencia, pero que nunca la han practicado) se define como la afirmación, creencia o práctica que se presenta como científica, pero que es incompatible con el método científico. En este sentido, la afirmación (creencia (o práctica)) de “ver sin los ojos” desarrollada en este libro ni se presenta como científica, ni es incompatible con el llamado método científico.

Me atrevería a añadir, no obstante, que valdría la alegría estudiarla científicamente, en la medida en que el fenómeno se preste a la lógica de los laboratorios, no tanto en pos de un *debunking* (que también, si fuera necesario), sino principalmente porque el estudio de la consciencia humana necesita, como decía el Premio Nobel de Física Richard Feynman, “buscar más diligentemente, y con el mayor de los esfuerzos, en precisamente aquellos lugares en los que parece más probable que podamos demostrar (...) que estamos equivocados tan rápido como sea posible, porque solamente de esta forma progresaremos”.

El estudio de la “visión intuitiva y la intuición ampliada” nos puede abrir las puertas a una nueva ciencia de la consciencia (y quizás apunte a una nueva física, pues mente y materia son contrarios complementarios); una puerta trasera para sanar el desencuentro entre la *res cogitans* y la *res extensa*, ese “divorcio forzoso” cuyas heridas arrastramos mal curadas desde Descartes.

La senda es larga y difícil, pero preciosa. Se necesitarán nuevas evidencias, sin duda. Y con el mayor rigor científico y tantas repeticiones experimentales como sean posibles, se estudiará el fenómeno. Pero se necesitará además una teoría que nos dé razones

para creer. Esto es, un puente conceptual que convierta en aceptable lo que previamente era simplemente imposible. Luego, de nuevo, las evidencias podrán decantar la balanza hacia lo plausible. Lo aceptable se convertiría en aceptado. Lo que unos pocos callaban, estará entonces en boca de todos. Nadie es profeta en su tierra.

Así, teoría y experimento se dibujan paradójicamente la una al otro como las manos danzantes de Escher. Pero hay más: nos queda la práctica. Un experimento no es sino una manera muy determinada de colocar una experiencia. Sin tratar de evidenciar el fenómeno en primera persona, tarde o temprano nos haríamos trampas al solitario. No hay más ciego que el que no quiere ver.

Y así, este breve prólogo (que se prologa a sí mismo) se puede leer como una carta al futuro, pues quizás aún no sea el momento de decir según qué cosas en voz alta.

Pero ya va siendo hora, y este libro así lo demuestra. Si tienes hijos, te interesa, pues es un discreto pero poderoso manifiesto para la educación del futuro. Si te consideras racional, este libro te interesa también, pues la racionalidad tiene que aprender a reconocer sus propios límites para luego trascenderlos. Si crees en el potencial del ser humano más allá de los desvaríos tecnocráticos transhumanistas, este libro es realmente para ti.

Sus autores son silenciosamente pioneros. *Amateurs* en el sentido etimológico de la palabra, Tània y Jordi, una pareja valiente y generosa, nos invitan a hacer visible lo invisible. He aquí el trabajo del artista, del médico, del científico, y del educador (todos, a su manera, aprendices de chamán). Nuestra tarea es refractar, en vez de reflejar, siendo instrumento (y cómplice) de la evolución de la consciencia en su aventura por encontrarse a sí misma en lo concreto. Este ambiciosamente humilde libro de casi medio millar de páginas es un ejemplo del trabajo por y para esa nueva humanidad que está a la vuelta de la esquina. Disfrutemos del camino.

Alicante, 25 de octubre de 2022